religiones, de escuelas filosóficas, de protocolo y majestad, se acompañaba de elegantes partidas venatorias, tableros de juego, tribunas palatinas de músicos, horóscopos de estrellas, prodigios de magos, artificios de Herón o de Arquitas, novelas de Mileto, relojes de agua, sol y arena—clepsidras y gnómones—, curiosidades de Elíano y figuras de portento para diversión o aparato de corte. Dos españoles fueron, para mí, los grandes herederos, entre nosotros, de tal sentido: Juan de Herrera y Miguel de Cervantes.

A pesar de Mecenas, de Adriano o de Galieno, y a pesar de que Roma, desde los Escipiones, iba logrando un tipo de educación y diversión perfectas, hay que saltar desde los Ptolomeos a Bizancio —más de cuatro siglos—para hallar este modo de ocio, de entretenimiento y cortesía, imitado por algunos califas, como Harun-As-Rachid, que regala a Carlomagno un reloj de agua con figuras de movimiento, y al mundo, *Las mil y una noches*. En la particular predilección por las invenciones mecánicas o los instrumentos de la ciencia, que va del molino al astrolabio y de la catapulta al autómata, encontraremos siempre un fondo griego y una lengua griega. Su memoria de remotos prodigios se recoge en la alta Edad Media para los soberanos de Alemania, y da lugar a un libro que se llama precisamente *Ocios de los Emperadores*. Ya están allí, bailando, los autómatas de Carlos V.

La tradición de príncipes que se divierten con la sabiduría y la invención se hace alemana. Tiene ya el precedente carlovingio; pero luego llega hasta los días de Alberto de Sajonia Coburgo Gotha, con su Palacio de Cristal, o del Príncipe de Baviera, esposo de nuestra infanta Doña Paz de Borbón, y especializado, por ejemplo, en el microscopio, con espléndidas publicaciones, que cumplen más de medio siglo. Luis II, en medio de su deshecha demencia, exalta su doble pasión por la música y la arquitectura, que son, para él, casi inherentes a la majestad. Príncipes alemanes, del tiempo renaciente o barroco, reproducen en el reloj de Estrasburgo o los juegos de agua de Salzburgo los juguetes mecánicos e hidráulicos de Herón de Alejandría, que tanto preocuparon a un jesuíta alemán, el Padre Kircher, inventor de la linterna mágica, erudito grande en relojes y precursor de los estudios sobre la escritura jeroglífica. A él le hubiera gustado reconstruir los autómatas de San Alberto de Maguncia. El primer gran reloj parisiense fué construído por el alemán Enrique de Vic, por encargo de Carlos V *el Sabio*, hijo, como nuestro Rey Sabio, de princesa alemana. En el siglo XVIII el alquimista a sueldo del soberano de Sajonia, terco aun en el hallazgo de la Piedra Filosofal, descubre en los residuos vidriados de un crisol la porcelana de Sajonia, que tan a punto llega para ornar de floridos caprichos de colores el siglo de oro de la relojería. Los ejemplos se hacen ya innumerables.

II.—*GERBERTO EL AUVERNES*

El famoso monje Gerberto de Aurillac, que fascinó al joven emperador Otón III, era el mejor matemático de su tiempo y probablemente el inventor de los relojes europeos de ruedas. Construyó, según dicen, el reloj de Magdeburgo, y este modelo fué—según dicen—el que perduró con algunas variantes hasta 1650. Por lo menos, autoridades máximas en relojería, como el gran Berthoud, en su *Essai sur l'Horlogerie* (París, 1763), y el Padre Alexandre, en su *Traité des Horloges*, son de esta opinión. Cuando aquel fraile relojero de Fleury, Gerberto, se convierte en el Papa Silvestre II, tachado de astrólogo y mago, se realiza por primera vez la coyuntura de Adriano de Utrecht y Carlos V —magna conjunción de Sol y Luna en la simbología medieval—, o sea la de un Papa maestro y amigo de un emperador de Alemania. Otón III, en su papel de Luna, pide luz al Sol para el Imperio y

Las cabezas parlantes del Abate Mical, que exhortaban a la paz de Europa (1783)

Autómatas de Vaucanson: El flautista, el pato y el tamborilero

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Vértice. #71, 2/1944.